

Poemas inéditos de Edmundo Perry

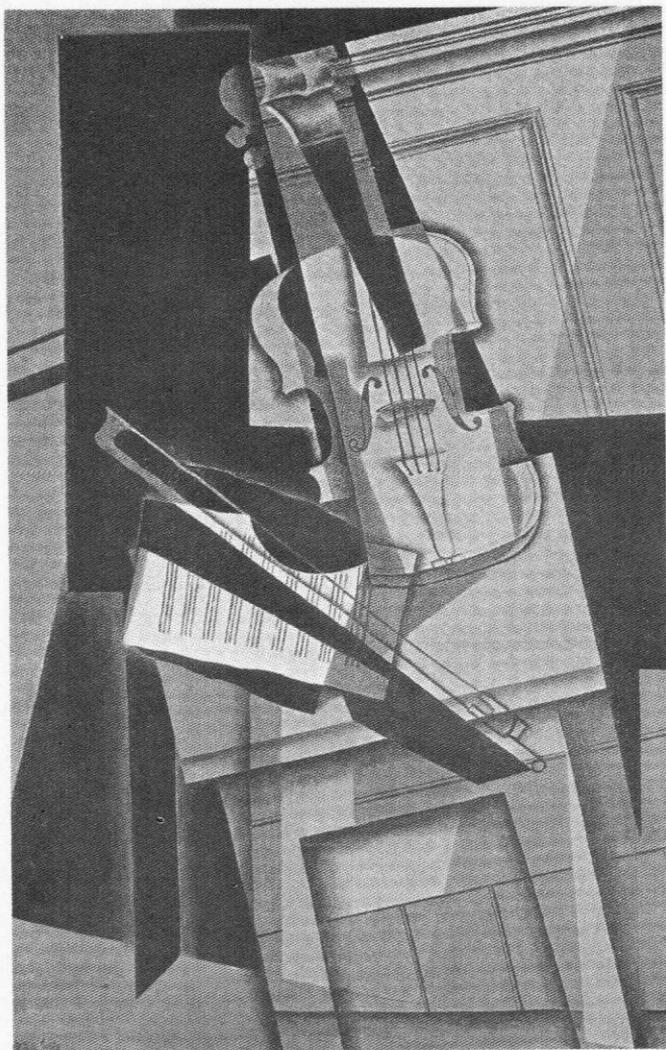
Edmundo Perry nació en Bogotá en 1945. Su primer libro de poemas, *Como quien oye llover*, apareció en 1972, y fue incorporado —reelaborado y aumentado— al siguiente. *Uno más uno*, editado por la Universidad Pedagógica Nacional en 1977. Ya entonces sus críticos decían que la suya era una poesía que combinaba de manera peculiar “los elementos cotidianos y agudas reflexiones sobre una realidad más profunda, estructurados en un discurso muy característico y no pocas veces desconcertante”.

A los siete años volvió a publicar un nuevo libro, *Circuito cerrado*, dividido en las cuatro secciones que utilizaría en su quinto libro, mucho después: “Diario en limpio”, “Salidas al mar”, “Población flotante”, y “Cuaderno de campo”. Su cuarto libro fue un poemario de 23 unidades para leer en secreto con Quevedo y Luis Vidales, titulado *Libro del buen amor I*.

Hace poco vimos y leímos su quinto volumen de poemas, *La misma historia*. Como escribimos en el pasado número de *Hojas Universitarias*, en este último libro de Perry, “El poeta se ha ido metiendo en su propio remolino —circuitos cerrados que van apretán-

dose hacia el fondo—, buscando el limo en una noche que no pasa, en un Bogotá que todos quisiéramos entender, en un cuarto que espera las madrugadas a tientas”.

En esta ocasión, Edmundo Perry ha cedido para *Hojas Universitarias*, de manera especial, un poemario unitario entresacado de su última producción, IPG.



1965

*Un joven confuso, de brazos largos,
con problemas de puntualidad
y una experiencia limitada
en asociaciones libres; sin embargo,
son ellas las que le imprimen
ese tono rosado sin pizca de grasa
que rodea las tres cuartas partes
de su abrazo despellejado.
Los parientes se unieron
para afianzarle una nariz
definitiva y gruesa, y gafas:*

los ojos

*sueñan pero se esconden.
La manía de andar sólo
está plasmada
en el retorcimiento de manos
que dejan ver las heridas
de Carmen o de alguna
de sus hijas.
La barbilla alzada y la frente
despejada son dos señales
inequívocas de que mientras
ha sobrevivido vistiendo
las mismas camisetas
ha oído más música
que cualquiera de sus contemporáneos.*

1975

*El hombre que se exhibe con chaleco
es un hombre que ha viajado, pero no mucho;
conoce más trenes de los que se atreve a usar
y prefiere fatigar sus sueños de puertas para adentro.
Ha aprendido a acicalarse una barba
que es la mejor de su linaje
y la cara en conjunto es ahora experta
en manejar una tradición de bondad
porque toca.
No es un hombre satisfecho
y él lo sabe
así que la pereza que demuestra
no es un buen asilo
y la boca apenas puede
demostrar, por la forma
de fijar la mordida,
que anda en busca
de un griterío infinito.
Y a un lado de la boca la cabeza
se dobla con sorprendente coquetería
e inunda el cielo unívoco
del cual no es hija
sino su antecesora más ilustre.
Detrás de la cabeza, otros antecesores:
una muchacha que seguro se llama
Jimena
para que la música no se detenga
y un muchacho que debe llamarse
Nicolás
por aquello del acento final.*

1985

*Otra vez sólo
y por eso el fondo blanco.
La grasa se ha extendido a pesar
de que se supone que llorar adelgaza.
La papada puede ser herencia
(ver el retrato de su padre)
pero la barriga es adquirida;
no lucha contra ninguna de las dos
porque una está bajo la espléndida
barba y la otra se ha convertido
en una almohada para tantas sin desmedro
del fondo negro.
Se ríe muy poco y no se oye
al principio del cuadro;
sólo tras una breve pausa
—el cristal de una violeta obsequiosa—
la luz afloja las riendas de sus luces
y cae sobre la ropa de un niño
que estrena mujeres rojas y jeans azules
y sobrevive.
Hay un gesto que denuncia
más muerte naciendo: los ojos
no le conciernen.
Y hay un gesto que denuncia
otros ojos inesperados; la sombra
del jardín también protege
a los ladrones.
(Ver el retrato de su padre)*

1995

*Aquí está de cuerpo entero
cantando un poco encorvado, de modo
que el alma no se le alargue demasiado
para guardar algunos trozos escogidos
de los discípulos que ya comienzan a ser legión
extranjera;
tiene ya claros en la cabeza
y un sabor a mostaza donde antes era la boca
y al fondo ese letargo con que
comienza a devolverse por los mismos
escalones por donde subió. El perezoso
trabaja doble.
Su poco interés en decir la verdad
lo hace menor entre ustedes;
hay partes de él escondidas
y otras desaparecidas
con excepciones notables como
las manos, cuya suavidad no es débil,
y los ojos que siguen saltando
y dictándole la cara por donde
se le escurren las babas cuando ve
una niña recién salida del horno.*

*Y los hombros enhiestos
que traducen una salud sin esperanza.
Es que sólo faltan cinco años
para que su fardo cumpla
otro milenio y, sin menoscabo
de las rodillas juntas
y los pies separados,
sin menoscabo de que el vientre
se espese almacenando su muerte,
tiene que vigilar cada minuto
para que el ente y la esencia hagan
sus ejercicios y se pueda dar
el lujo de un beso completo.*

*Ahora que, como son sus cantos
los que aciertan con las entrañas
de verdad perdurables
no importa que cantando se muera
gordo o espigado,
pulido o canceroso,
o —final feliz— se muera de ganas
como su modelo.*